

Etnogénesis: el cuestionamiento del Estado Nacional en el mundo contemporáneo.

Sumario

Etnogénesis: el cuestionamiento del Estado Nacional en el mundo contemporáneo.

Resumen

Durante muchos años la concepción acerca del concepto de Estado-Nación siempre estuvo amparado bajo una lectura etnocéntrica. Su punto de entrada en la historia, con la Revolución Francesa, y su primer intento de Estado republicano, dejó claro las intenciones de la nueva clase dirigente de construir una nación. Todo ello implicaba la construcción de una identidad común, pese al desconocimiento de otras identidades étnicas que fueron rápidamente sometidas bajo una cultura oficial y hegemónica. De esta manera, y a lo largo del siglo XIX y XX, se creyó que dicho proceso había sido exitoso. Empero, en las últimas décadas del siglo XX, la aparición de movimientos étnicos que reclaman el derecho a su propia identidad han puesto en cuestionamiento su homogeneidad cultural.

Palabras Clave: Etnogénesis, Estado, Estado-Nación, cultura oficial, etnias y otredad.

Abstrac

During many years the Nation-State was mostly read from an ethnocentric perspective historically, it started with the French revolution and its first attempt with the republic state clearly stated the intentions of new emergent elites to bring about a nation such process implied the construction of common identity, at the expense of the other ethnic identities that were largely subjected under an official and hegemonic culture. This is why throughout the XIX and XX centuries the Nation-State building project was regarded as a successful one. However, the last decades of the century the emergence of ethnic movements reclaiming their identity rights, have questioned the cultural homogeneity of the Nation-State.

Key Words: Ethno-genesis, State, Nation-State, official culture, ethnicity and "otherness".

Artículo: Recibido, marzo 26 de 2004; aprobado, abril 16 de 2004

Luis Ervin Prado Arellano: Licenciado en Historia de la Universidad del Valle, Magíster en Historia Universidad Industrial de Santander y candidato a grado en Trabajo social. Docente de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga y de la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander.

E-mail: lprado@unab.edu.co



ETNOGÉNESIS: el cuestionamiento del Estado Nacional en el mundo contemporáneo

Luis Ervin Prado Arellano

*“Un Pueblo es siempre una comunidad de estrechos límites. Pero una nación, por norma, comprende toda una variedad de pueblos y grupos de pueblos que, por medios más o menos violentos, han sido metidos dentro del marco de un Estado común... Los Estados nacionales... son organizaciones eclesiales... Todo nacionalismo es de naturaleza reaccionaria, pues se esfuerza por imponer a las partes aisladas de la gran familia humana un carácter definido de acuerdo con una idea preconcebida... El nacionalismo crea separaciones artificiales y divisiones en el seno de una unidad orgánica que encuentra su expresión en el género humano...” (citado por: Geoffrey Ostergaard. “La Resistencia al Estado Nación: tradición pacifista y tradición anarquista”. En: Leonard Tivey, *El Estado Nación. Ediciones península*, 1987, p. 237)*

Durante décadas el estudio de la formación de los Estados modernos estuvo sujeto a la concepción del Estado cómo una realidad interna homogénea, o que si no lo era, la tendencia era a convertirse en ello. En otras palabras, que había para cada Estado una Nación. Bajo este principio, el estudio de formación de los Estados estuvo basado en la creencia o existencia de una comunidad cultural común que construía una estructura político – administrativa para autoregularse¹.

¹ El concepto de “Estado Nación” es relativamente nuevo y tiene sus raíces en la revolución francesa, anteriormente la mayoría de los Estados europeos de los siglos XVI, XVII y XVIII, eran monárquicos, los cuales habían forjado la unidad política, a partir de un proceso de agregación de nuevos reinos y pueblos a sus primitivas posesiones particulares. En este proceso de engrandecimiento de su territorio intervinieron diversos factores, que fueron consolidando las fronteras de los futuros estados contemporáneos, en los cuales quedaron incluidos diversos pueblos o fracciones de ellos con sus lenguas y culturas propias, dentro de una comunidad política, donde el principio de unidad los representó la lealtad hacia un soberano, mientras este se encargó de respetar las autonomías de las “naciones” que sometía a su dominio.

El termino Nación fue utilizado durante la edad media para referirse a comunidades de cultura, pero lentamente la palabra empezó a tener una connotación territorial, pero es sólo en el siglo XVIII que se empezó a utilizar como sinónimo de Estado, con la cual se fue inaugurando un sentido de homogeneidad cultural al espacio que estaba bajo el dominio de una autoridad política. Pero es con la revolución francesa que se da una fusión de los dos términos, Estado y Nación. Las comunidades de cultura, de esta manera fueron convertidas de la noche a la mañana en ciudadanos, con los cuales se uniformizaron y se desconocieron sus identidades culturales. A esta nueva unidad política, se le añadió la soberanía estatal, por lo tanto la fidelidad hacia el rey quedó traspasada a la nación de ciudadanos. “Con este último paso hizo su aparición en la historia el nacionalismo moderno, en el que la nación se convierte en veneración y fidelidad para los ciudadanos. De el siguió también otra consecuencia, tal vez imprevista en aquel primer momento, pero que había de ejercer un influjo preponderante en la organización política de Europa y del mundo durante los siglos XIX y XX: la identificación artificial y arbitraria entre estado, o comunidad política, y nación, o comunidad cultural”. De OBIETA CHALBAUD, José A. *El Derecho humano a la libre determinación de los pueblos*. pp 19 - 23. Sobre el surgimiento del “nacionalismo” y sus orígenes en: HOBBSAWM, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*: Barcelona, Biblioteca de Bolsillo, Crítica, 2000.

La tendencia general de dicho principio político partió inicialmente del proyecto estatal de la Francia revolucionaria de una Nación de ciudadanos, en la que se abolían las reminiscencias de las estructuras feudales vigentes en lo social, económico y político, para de esta manera configurar una comunidad de leyes y obligaciones (derechos y deberes), que cobijaba todos los individuos que estuviesen circunscritos dentro de sus fronteras. El axioma con el cual se legitimó el proyecto era que este emanaba de la voluntad general, del pueblo. Así, el Estado Nacional emergía como una unidad de salvación, que regulaba la vida de los ciudadanos dentro de una jurisdicción territorial².

En este orden de ideas, el proyecto de Estado nacional llevaba explícita e implícitamente estandarizar a todos los individuos que vivirían dentro de las fronteras del Estado por medio de unos “aparatos ideológicos” que tenían como objetivo convertirlos en ciudadanos³. La escuela fue la institución más destacada en esta directriz, por medio de la escolarización masiva que agenciaron los estados europeos en el siglo XIX, se construyeron los mitos fundacionales del origen estatal y étnico de los ciudadanos. Su objetivo: renovar de una generación a otra la lealtad y la cohesión hacia el Estado Nación. La escolarización impuso, además, una lengua oficial en detrimento de las otras existentes dentro del territorio estatal. Proporcionaba así la unidad social e ideológica necesaria y convertir a los individuos de las parroquias, villas, grupos sociales y estamentales en ciudadanos obedientes a la voluntad nacional (Smith, 1994, p. 8 – 9).

El proyecto de homogeneización de los individuos sobre una identidad nacional implicó que la presencia de grupos culturales diferentes a la cultura oficial, que estuviesen dentro de las fronteras del Estado nacional y fuesen

leídos por los agentes del proyecto como pequeñas “naciones” que debían integrarse a la cultura mayor nacional. Nuevamente, la Francia revolucionaria, y en particular sus gobiernos post-revolucionarios son un buen ejemplo de cómo se impuso una educación lingüística única a los occitanos, gascones, vascos, bretones, catalanes, alsacianos y corsos, etnias que habían mantenido durante centurias una fidelidad al rey francés por medio de pactos y acuerdos de lealtad. Pero con la desaparición de la monarquía y bajo el palio del liberalismo político, la cultura franca impuso su sentido común al resto de estos grupos culturales. De igual manera, este tipo de acciones se puede observar en la construcción del Estado italiano, inglés, alemán, español, entre otros⁴.

Por otra parte, el proyecto de Estado Nacional comprometió la erección de una memoria hegemónica, pues al exigir a las minorías étnicas el abandono de sus tradiciones lingüísticas – culturales, y adoptar una nueva lengua y una cultura oficial o “mayor”, que desconocía sus propios sentidos comunes, su historia, sus prácticas sociales, sus ritmos de vida debían ser relegados por otros que eran impuestos por el Estado. Esta política ya había sido desplegada en América por los hispanos en el sometimiento de los grupos amerindios que albergaba el continente. Esta actuación emprendida de forma sistemática por los Estados europeos, principalmente de la cuenca del Atlántico en el siglo XIX, e implicó la muerte y la renovación de la memoria: muerte porque se debía abandonar una cultura y renovación porque era la adopción de una nueva (Barona, 2000, p. 121 – 149).

La Nación surgió como un artefacto cultural homogeneizante e imaginado, en el que se impuso la invención de una memoria social domesticada, silenciando las memorias locales en beneficio de un proyecto político de unidad

² La declaración que el diputado Clemon – Tonnerre realizara en 1789, en la Asamblea Nacional Francesa en la cual se le concedía derechos ciudadanos a los judíos, si renunciaban a su etnicidad, ha sido considerada como la expresión clásica del nacionalismo civil y sigue siendo hoy la marca de fábrica del concepto civil de Nación. “De acuerdo con este punto de vista, todo individuo miembro de una comunidad nacional quedaba convertido *ipso Facto* en ciudadanos, dotado de todos los derechos y deberes legales y políticos, que semejante condición llevaba aparejados. La nación era una comunidad de ciudadanos; fuera de esta categoría quedaban los extranjeros que vivían más allá de las fronteras del Estado nacional y los extranjeros residentes. El ciudadano prestaba juramento de lealtad a la nación (la tierra madre, la patria) y quien fuera infiel a dicho juramento incurría en traición”: SMITH, Anthony. “Tres conceptos de nación”, en: Revista Occidente, n 161, 1994, pp 7.

³ El concepto de Aparatos ideológicos es un planteamiento desarrollado por uno de los filósofos marxistas contemporáneos más importantes Luis Althusser. Para él, los “Aparatos Ideológicos del Estado”, son unas instituciones distintas del Estado, especializadas, que funciona sobre la ideología y convienen en la reproducción y difusión de la ideología dominante. Pueden ser la Iglesia y la instrucción pública.

⁴ Los revolucionarios franceses llegaron a la conclusión que la unidad de Francia solo se lograría con una unidad cultural y lingüística. Como el proyecto chocaba con la realidad del país en donde existían siete diferentes comunidades culturales y lingüísticas, los revolucionarios decidieron imponer una unidad cultural basada no en la amalgama de todas las culturas sino en una de ellas cuya lengua debería imponerse sobre todas las demás: el francés. Esta idea en sí misma estaba preñada de un etnocentrismo al catalogar las demás lenguas como “jeringonzas locales” o “patois”. OBIETA José A. Op cit, pp 23 – 25.



nacional (Gnecco, 2000, p. 174). El derrotero marcado por los estados modernos de la cuenca del Atlántico, posteriormente se expandió en los denominados países “tercermundistas” (Tilly, 1992, p. 21).

El proceso político aludido, modelante de los Estados europeos y latinoamericanos a lo largo del siglo XIX y en la mayor parte del XX, hoy atraviesa una profunda crisis, enmarcada en el momento en que la economía capitalista por medio del proceso de globalización se vuelve más hegemónica e impone la racionalidad capitalista a más territorios del mundo. La globalización, un fenómeno que compromete elementos sociales, económicos y políticos, al intensificar las relaciones entre los hombres, grupos humanos y Estados, ha llevado a la formación de una cultura de orden mundial, al imponer a los hombres por medio del mercado, unas imágenes, unos ritmos, unos parámetros y unos estilos de vida, que día a día se masifican⁵.

Es en el contexto de la globalización, que el modelo del Estado Nacional se quiebra. El asunto es paradójico, si tenemos en cuenta que este proceso ha dado mayor peso a la tendencia de una cultura hegemónica mundial. Pero justamente en el momento que se construye la denominada cultura mundial, surgen al interior de varias naciones diversos movimientos promovidos por grupos sociales y étnicos tradicionalmente marginados u oprimidos que reclaman el derecho a su propia autodeterminación e inician un proceso de auto-reconocimiento e identidad diferente y alterna al del resto de la comunidad política del Estado Nacional, en el que se encuentran sujetos. Se trata de grupos minoritarios, que en un momento dado, habían sido considerados como asimilados por la cultura oficial o mayor de un país.

El surgimiento de estos grupos en la historia reciente del mundo refleja el cuestio-

namiento del modelo de un Estado con una única cultura. Los movimientos nacionalistas y étnicos en la ex URSS, la fragmentación del territorio yugoslavo en los años noventa a partir de una guerra interna; la división de la república de Checoslovaquia, después de un plebiscito; el recrudescimiento de los denominados “nacionalismos periféricos” en España (Stallaert, 1998, p. 70); el debate vivo en Italia sobre la división de la península entre el norte y el sur; los movimientos étnicos separatistas en Srilanka, en la India, en Irak y en Turquía son una muestra aleatoria de ejemplos que a lo largo y ancho del globo, manifiestan la presencia de grupos no asimilados y homogenizados por el Estado que buscan el reconocimiento de su otredad, frente a una sociedad mayor que les niega ese derecho.

En los procesos expuestos se lee que el modelo del Estado Nación, como tradicionalmente se pensó, “se hizo agua”. En este nivel de reflexión nos debemos preguntar ¿Cuál es la razón para que se manifiesten ahora estos movimientos étnicos?; ¿acaso no se presentaron antes este tipo de movimientos que reclaman el derecho a su propia autodeterminación?

Frente a la primera pregunta, la globalización sin querer transformó el lugar tradicional de la cultura en la sociedad, al ubicarla en la base de la identidad de las personas. El capitalismo, en el empeño de imponer su racionalidad sobre diversos grupos humanos, ocasionó un rechazo en varios lugares del mundo, principalmente de parte de grupos humanos marginados, que con los procesos de modernización en sus territorios, vieron comprometidas no sólo sus tierras, sino sus propios ritmos de vida, ocasionando una confrontación, que muchas veces desembocó en una reivindicación de su cultura, que hasta el momento estaba “dormida”, pero que fue utilizada para reivindicar sus agravios.

⁵ Es interesante anotar que frente a este planteamiento, existen autores que han criticado el axioma esgrimido por los globo filicos, al exponer que lo que ha ocurrido con el mundo después de la caída del muro de Berlín, es un reacomodamiento de la cultura en la sociedad, colocándola en la base y por ende ello ha significado un cambio de la concepción tradicional de *identidad*, “...Hasta hace muy poco decir identidad era hablar de *raíces, raigambre, territorio, tiempo largo, memoria simbólicamente densa*. De eso y solamente de eso estaba hecha la identidad, pero decir hoy identidad implica también...hablar de *redes, flujos, movillidades, instantaneidad, desenclaje*. Antropólogos ingleses llaman *hoy a eso de moving roots*, raíz móvil, o mejor *raíces en movimiento*, para muchos del imaginario Substantialista y dualista que todavía permea nuestra Antropología, nuestra Sociología y nuestra Historia, esta metáfora resultará inaceptable, y sin embargo, en ella se vislumbra alguna de las dimensiones más fecundamente desconcertantes del mundo que habitamos... El nuevo imaginario relaciona *identidad* mucho menos con mismidades y esencias y mucho más con narraciones, con relatos... Lo complicado y a la vez maravilloso, es que hoy en día, nuestras identidades se ven atravesadas por, y se expresan en, una heterogénea multiplicidad de narrativas. Y esa multiplicidad de narrativas tiene mucho que ver con la multiplicidad de redes en las cuales las propias identidades se insertan ahora: Nuestras identidades se hallan trenzadas y se hallan tejidas en/por una diversidad de lenguajes, códigos, escrituras y medios, que si de un lado son homogenizados, funcionalizados y rentabilizados por lógicas de mercado, de otro lado abren inmensas posibilidades de subvertir esas mismas lógicas desde la dinámica del arte y las contradicciones que realizan las nuevas redes intermediales” en: MARTÍN BARBERO, Jesús. “Colombia ausencia de relato y desubicación de lo nacional” en: *Imaginario de Nación, pensar en medio de la tormenta: Bogotá*, colección cuadernos de Nación. Ministerio de cultura, 2001, p. 17 - 29.

Las diversas confrontaciones que desarrolló el capital con comunidades humanas periféricas, marginadas y tradicionales, desembocaron en procesos de identidad, en donde el hecho cultural fue la base de dicha construcción y permitió reconocerse como diferentes al resto de una comunidad política a la que estaban sujetos.

La identidad fue el centro nodal en el cual se articularon razones históricas de no reconocimiento y de negación, contribuyendo a autoreconocerse como diferentes. Las situaciones de inferioridad social, subdesarrollo económico y exclusión política de cientos de grupos humanos en varios países les permitió legitimar su lucha y reivindicar su diferencia del resto de la comunidad política. De ahí que buena parte de las guerras que vive el mundo contemporáneo son en el fondo guerras culturales donde lo identitario posee un nuevo significado (Barbero, 2001).

Respecto a la segunda pregunta, indudablemente el fenómeno étnico estuvo presente a lo largo del proceso de consolidación de los Estados Nacionales. Pero debido a la omnubilidad en que se encontraba la élite comprometida en los procesos de consolidación de los Estados nacionales, diversa cantidad de movimientos de oposición al Estado, fueron leídos como simples revueltas y rebeliones donde generalmente existía una “mano oscura” que promovía los levantamientos (Rude 1987:). En otros casos la interpretación histórica sobre los movimientos aludidos fueron interpretados como oposición de ciertas ciudades, regiones y territorios a la centralización del Estado Nacional, que con sus políticas centralistas iban erosionando y destruyendo las autonomías y pactos que los hombres de aquellas sociedades habían constituido por cientos de años con los Estados monárquicos y que con la irrupción del Estado moderno fueron desconocidos (Zagorin: 1985 – 1986). La explicación de estos sucesos sustentados en un buen piso factual, aunque son válidos, desconoce elementos culturales que en muchos casos fueron los catalizadores para iniciar la resistencia contra el gobierno, que estaba violando prácticas sociales tradicionales, ejercidas inmemorialmente.

Por otra parte, esta omnubilidad de parte de las élites estuvo promovida por los intelectuales, que bajo el modelo paradigmático de una cultura para un Estado, los llevó a promover ideas esencialistas (Ferrater:) como la existencia de un pueblo procedente de un tronco común. En esas ideas no había cabida

para ver que en el interior de lo que llamaban un pueblo único, existían unos matices culturales que no eran superficiales, sino de fondo. Fichte en su libro *Discursos a la nación alemana* expresó este concepto cuando escribió acerca de la existencia de un pueblo alemán puro, diferente a los demás pueblos de origen germánico que habían ocupado otros territorios del continente y se habían mezclado con sus primitivos habitantes. Con ello y junto a la importancia de la lengua que poseían los alemanes “puros”, Fichte, estaba desconociendo que al interior del territorio donde se albergaban sus “puros” existía un abirragado mosaico cultural y sanguíneo (Fichte, 1964).

De la misma manera, las ciencias sociales contribuyeron a la erección de estos esencialismos. Los historiadores, al fundar las denominadas historias oficiales, tuvieron la clara intencionalidad política de desconocer la heterogeneidad existente al interior de cada Estado, por medio de la invención de un pueblo, una lengua y una cultura común, mucho antes de que esta fuese una realidad social y concreta. La Sociología, en particular la corriente teórica conocida como organicismo positivista, al asimilar el Estado Nacional como un organismo, desconocía con éste contenedor analítico la posibilidad del conflicto, ya que consideraba cualquier fenómeno que turbase el organismo como algo anormal y patológico, alterador del desarrollo natural y gradual de éste. De ahí, la incapacidad de explicar el conflicto social y todo movimiento contra el Estado (Martindale: 1971).

Pero si el fenómeno étnico siempre estuvo presente, ¿por qué hasta ahora ha hecho su aparición? Responder a esta pregunta obliga a volvernos a lo planteado en páginas atrás. En la actualidad el hecho cultural es la base de la sociedad, permitiendo el surgimiento de los movimientos de identidad étnica. Pero implica también tener en cuenta que los procesos de conciencia étnica se han visto actualmente favorecidos por los procesos de modernización, que ha permitido a ciertos grupos sociales asumirse como diferentes, permitiendo hacer ciertas demandas al Estado central que tradicionalmente los tuvo marginados.

El desarrollo de la conciencia étnica (Etnogénesis) es y ha sido indudablemente el motor para el surgimiento de movimientos de resistencia contra el Estado, la modernización y el capital en el mundo contemporáneo. Ello significa que un grupo de seres humanos generan un proceso de “invención” de una nueva



realidad, en este caso cultural, con el cual se establece una relación de diferencia con los “otros” que no forman parte de esa realidad cultural. De esta manera, el grupo comprometido en el proceso etnogenésico produce una afirmación del Ego colectivo, al contraponerlo a otras personas, alteridad que se desprende ella misma de la alteridad que envuelve el No Yo en general. Además exige la construcción de unas tipologías a partir de oponer las actitudes, cualidades y actividades de los otros a aquellas del Ego, reforzando o redoblando eso que la alteridad tiene de positivo o negativo (mas que... o menos que). De otra parte, el proceso que se encamina a la erección de una diferencia con los otros, inventa y funda símbolos, mitos, tradiciones, historias y recuerdos, y en todos estos aditamentos en donde radica la conciencia étnica, el sentirse diferentes frente a otros y que permite reclamar una identidad y cultura alterna a la hegemónica.

Las razones para que la denominada conciencia étnica sólo aparezca en las últimas décadas del siglo XX radica en buena medida en que queramos o no aceptarlo, las condiciones del mundo actual, independiente del desarrollo del capitalismo, posee ciertos espacios o canales en el ámbito nacional e internacional que han permitido la expresión de muchas comunidades y grupos culturales, aún a pesar de existir fuerzas del Estado, privadas y transnacionales interesadas en silenciar dichas voces. Condiciones que no existieron en épocas anteriores, pero que no acallaron los movimientos alternativos que se gestaron contra las políticas homogenizadoras, ya sea por parte del Estado en formación o del cristianismo romano.

En el mundo contemporáneo juegan otras condiciones de orden educativo, político y económico que han permitido el desarrollo de una conciencia étnica. Requisitos que se encontraban ausentes en las sociedades “preindustriales”, los cuales no permitieron que ciertos movimientos alternativos ante políticas homogenizadoras del Estado tuviesen una conciencia étnica lo suficientemente consistente como para manifestarse en su lucha. Pero, hasta qué punto uno debe preguntarse si dichos movimientos alternativos, que han existido a lo largo de la historia de la humanidad, tenían cierto nivel de conciencia étnica, o más bien, si había una conciencia de sentirse diferentes frente a otros. La respuesta a dicha pregunta es hartamente compleja. Si tenemos en cuenta que contamos con mucha información de lo que

pensaban los grupos de poder, pero muy poca de los subalternos y, menos aún, de lo que pensaban los hombres comunes y corrientes. De ahí que intentar medir el nivel de conciencia es una tarea difícil, pero existen indicios que nos permiten intuir la existencia de una conciencia étnica que podrían haber tenido grupos sociales marginales y excluidos de la cultura mayor.

Para el caso europeo, los movimientos denominados pacifistas, que pueden ser considerados como una ideología y movimiento que se oponía contra el derecho del Estado a comprometerse en guerras y a reclutar sus ciudadanos para la guerra, es una muestra de ciertas tendencias promovidas por algunos grupos sociales contra una institución estrechamente ligada al desarrollo del Estado Nacional. Dichos movimientos que cobraron mucha fuerza a partir de la Primera Guerra Mundial y dieron paso al desarrollo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) tienen una larga historia que se finca en la Edad Media, a partir de algunos movimientos religiosos alternativos al cristianismo romano, como los waldesianos, los cátaros y la hermandad checa de la ley de Cristo, que desafiaron la ortodoxia y abrazaron ideas pacifistas. Muchos de sus principales exponentes desarrollaron planteamientos con los cuales adoctrinaron a sus miembros permitiendo construir cierto grado de conciencia de ser diferentes al resto del cuerpo social de la comunidad política a la cual pertenecían y que en numerosos casos, y particularmente con el advenimiento de la Reforma. Dichos movimientos se radicalizaron, al punto de promover la formación de comunidades políticas completamente alternativas al Estado monárquico a que estaban adscritos, claro ejemplo de la existencia de un proyecto político alternativo mediatizado por la religión (Tivey, 1987).

Lo interesante de estos sucesos es que el hecho religioso se convierte en el eje articulador de una conciencia de diferencia frente a los otros, ligado a realidades culturales que se encuentran subsumidas, pero que permiten finalmente el desarrollo de un movimiento alterno, en este caso religioso. El movimiento cátaro, por ejemplo, tiene una ubicación geográfica determinada, la región de Languedoc, la occitania francesa, territorio que durante muchos siglos tuvo una cultura completamente diferente a la franca, a la de las regiones aledañas a París, sede administrativa y política de los reyes franceses. La cruzada Albigense,

promovida por el Papa y por el monarca desde París, es en el fondo una de las primeras expresiones por parte del Estado por eliminar un grupo social, que a todas luces se estaba convirtiendo en una especie de Estado dentro del Estado. La herejía cátara fue el pretexto para acabar el movimiento religioso, pero si algo ha pasado desapercibido es que el hecho religioso fue de alguna manera el elemento cohesivo de una población que les permitió expresarse como diferentes frente a una cultura mayor que se estaba gestando: la franca.

Sería interesante indagar si entre los muchos movimientos religiosos gestados desde los tiempos del cristianismo primitivo, pasando por el movimiento husita y los anabaptistas, la cultura fue de alguna manera el gestor de dichos movimientos considerados como heréticos por la iglesia de Roma. Porque la cultura posee una matriz interpretativa que recibe ciertas influencias, pero en el proceso de recepción ocurre un proceso de negociación en el cual la cultura es impactada, pero ella también impacta, generando como resultado la transformación de dicha influencia. ¿Hasta qué punto las diversas sectas religiosas y movimientos religiosos que surgieron del cristianismo fueron gestados por la cultura misma que negoció con el dogma de Cristo?

En el caso latinoamericano se percibe de igual manera ciertos niveles de conciencia étnica en las repúblicas decimonónicas. En ese periodo los recientes Estados surgidos a partir de un vacío de poder ocasionado por la invasión de la Península Ibérica por parte de las tropas francesas en 1808 y, posteriormente, al calor de las confrontaciones armadas se encaminaron en torno a un proyecto de Estado liberal, que implicaba la modernización de la sociedad, a partir de la imposición de nuevas relaciones entre los hombres que formaban parte de la comunidad política. Para ello era necesario eliminar las antiguas instituciones y relaciones sociales típicas del antiguo régimen y establecer unas nuevas acordes con el nuevo hombre que se quería construir: el ciudadano.

En este sentido, al igual que en Europa, el proyecto de Estado liberal comprometió la homogenización de todos los individuos. Así, las repúblicas latinoamericanas de “reciente cuño” iniciaron una política contra todas las reminiscencias del pasado colonial. Las distinciones sociales de castas quedaron abolidas en

el papel; los diversos gremios y asociaciones socioprofesionales quedaron suprimidos; las tierras comunitarias de los “indígenas” sobrevivientes fueron objeto de una agresiva legislación que quería eliminar la condición de tierras comunales y repartirlas entre sus miembros para que entraran en el libre mercado de tierras, etcétera. Todo este proyecto iba paralelo a la promoción de una cultura oficial, que no era otra que la de la clase dirigente hispano parlante y que veía el modelo ideal de sociedad en Europa.

Pese a los esfuerzos por parte del Estado, el proyecto político liberal tuvo fuertes opositores que se manifestaron en las confrontaciones internas que se gestaron desde la Patagonia hasta el río Bravo. Las resistencias, que en su gran mayoría fueron promovidas por algunos grupos de poder local que no estaban de acuerdo con la agenda trazada por el gobierno central, fueron aprovechados por diversos grupos subalternos que, al adherirse a la lucha, manifestaron su oposición contra las directrices trazadas por el centro político y, en muchos casos, se percibe que libraban su propia guerra, al expresarse en muchas ocasiones movimientos rebeldes completamente autónomos de los grupos de poder⁶.

De igual manera, muchas comunidades indígenas y negras establecieron pactos con los caudillos decimonónicos, que se convirtieron en los protectores de sus comunidades frente al Estado central y a su vez éstos en una base de apoyo para futuras insurrecciones. El caso del gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, en las dos últimas décadas del siglo XIX en México, la relativa tranquilidad de su gobierno, se debió en buena medida a que su gobierno pactó con las comunidades campesinas e indígenas la protección de sus tierras. Esa situación fue alterada a finales de su gobierno, cuando una nueva generación de funcionarios liberales, desde sus cargos de Estado, reactivaron la política de supresión de las tierras comunales, lo que se convirtió en uno de los tantos factores para que se iniciara la revolución mexicana (Guerra, 2001, p. 228 - 234). Pero el caso de don Porfirio Díaz no fue atípico; en el Perú de la primera mitad del siglo XIX, los grupos étnicos de los alrededores de Cuzco se adhirieron al caudillo Agustín Gamarra para hacer oposición al Estado republicano, permitiendo con ello obstaculizar los programas liberales en las sociedades andinas (Walker, 1999).

⁶ También hay que anotar que en algunas ocasiones estos grupos en cuestión participaron a favor del gobierno. Pero en su participación en el bando de la “legalidad”, se descubre en muchas ocasiones que se movilizaron por haber hecho de antemano pactos con los representantes del Estado que les traería beneficios a sus comunidades.



El Estado colombiano decimonónico no estuvo ausente de estas tendencias de conciencia étnica. Este tipo de situaciones se expresaron en la participación de varias comunidades indígenas, con sus señores étnicos a la cabeza, en las diversas confrontaciones internas que asolaron la República de Colombia en el siglo XIX. Dichas confrontaciones surgieron casi simultáneamente en el momento que estallaron los diversos movimientos autonomistas de los cabildos en 1810 y que finalizaron en 1902 con diversos acuerdos de paz entre el gobierno y los ejércitos liberales, para dar punto final a la denominada “Guerra de los mil días”. Expresaron la oposición por parte de grupos de poder local contra las políticas del Estado, que por su penuria económica fue incapaz de construir un proyecto modernizador. Ello implicaba integrar a todos los grupos sociales existentes dentro del territorio nacional, y erigir las instituciones políticas indispensables para agenciar el proyecto político.

Las guerras internas, además de expresar la oposición por parte de ciertos grupos de poder local, manifestaron también la oposición de grupos sociales “subalternos” contra el proyecto liberal de Estado. La participación de grupos étnicos generalmente en el bando rebelde, interpretados por los contemporáneos de los sucesos como una muchedumbre que buscaba satisfacer sus bajas pasiones, expresaron la resistencia de éstos contra ciertas políticas estandarizadoras del Estado republicano. La constante participación de comunidades indígenas, como los del pueblo de La Laguna cerca de Pasto, y los paeces en la región de Tierradentro, en casi todas las guerras del siglo XIX son ejemplos de movimientos subalternos que promovían proyectos políticos alternativos en los que tuviesen cabida en la República, pero manteniendo su autonomía frente a las pretensiones del ideario liberal de repartir sus tierras y convertirlos en campesinos.

En Latinoamérica, en particular para las sociedades indígenas, las tierras comunitarias legadas a partir de las reales cédulas en la colonia temprana por el monarca español, se convirtieron en el eje articulador de sus movimientos y de su lucha, particularmente desde la segunda mitad del siglo XVIII con las reformas borbónicas y agudizado posteriormente en la República. Las autoridades promovieron una guerra abierta contra dichas tierras con el objetivo de disminuirlas o de repartirlas entre sus miembros, quitándole la condición de comunal y por lo tanto de enajenable.

Esto llevó a una confrontación abierta donde las comunidades utilizaron una diversidad de estrategias para defender sus terrenos, que iban desde las insurrecciones y asonadas locales, pasando a unas de mayor amplitud, hasta la promoción, desde los canales legales de procesos judiciales contra funcionarios y hacendados que vulneraban sus intereses. A lo anterior se le agregó la lucha que enfrentaron con los mestizos, negros y blancos pobres que se asentaron en sus tierras y pueblos, que en numerosas ocasiones se convirtieron en grupos de presión para arrebatarle sus tierras. En este sentido, vemos desde la colonia una tradición de resistencia indígena en torno a la defensa de sus tierras, que los llevó indudablemente a reconocer la importancia de éstas para su propia existencia.

Este proceso convirtió las tierras comunales en el articulador de sus reivindicaciones y en el motor de su lucha. Con ello estaban luchando por su cultura, puesto el ideario liberal los quería convertir en campesinos dueños de tierra, que significaría al corto y mediano plazo la desaparición de su comunidad y la identidad que habían forjado desde su pasado prehispánico y que se había, de alguna manera preservado, por los resguardos.

Pero, no solamente los grupos étnicos prehispánicos reducidos en la Colonia y la República a unos terrenos comunales, manifestaron oposición a las políticas homogenizadoras del Estado-Nación. También, muchos grupos de mestizos y de negros libres o fugitivos, que habían formado poblados en territorios donde no llegaba la autoridad estatal y que fueron las avanzadas colonizadoras en muchas regiones de Latinoamérica, manifestaron una abierta oposición contra las directrices del Estado. Ellos fueron, en muchos casos, las poblaciones disponibles con que contaron los caudillos y demás agentes sociales que promovían una abierta lucha contra el Estado, pactando con los jefes rebeldes el mantenimiento de sus intereses.

Así, igual que las comunidades indígenas, su participación en las fuerzas antiestatales era para mantener su autonomía, sus tierras, sus dignidades locales, aunque no existiera una conciencia étnica claramente definida. En el fondo era, indudablemente, la lucha por su cotidianidad, su modo de vida... Su cultura forjada al calor de las colonizaciones, la adaptación a un medio natural y a las relaciones con sus vecinos, que era diametralmente opuesta a la promovida por la sociedad hegemónica.

La gran mayoría de éstas luchas fueron agenciadas por la manera como se configuró el Estado, que al promover el ideario liberal homogenizador de la sociedad, no estaba dando espacios y canales para los grupos “subalternos”. La igualdad promovida en las constituciones políticas era sólo en el plano de lo formal, pues en el real, los grupos de poder seguían manteniendo las relaciones y privilegios tradicionales y no estaban dispuestos a negociar con las diferencias sociales que habían con los sectores subordinados, a los que se les exigía la adopción de los valores que beneficiaban los intereses de los que estaban en el poder. En este sentido, muchas comunidades vieron en el Estado un ente que poco o nada les beneficiaba. De ahí que su lucha estuviese muy ligada a las condiciones de sujeción y de abandono en que se encontraban.

Situaciones similares se presentaron a lo largo del XX, en donde la tierra y la religión, principalmente, se han convertido en el catalizador de movimientos reivindicativos contra el Estado. Los cristeros en México y los diversos movimientos indígenas y campesinos que han surgido, manifiestan proyectos alternativos a los planeados por el Estado Nacional. Pero es en este siglo, cuando hay ciertas condiciones de tipo educativo, jurídicos (nacionales e internacionales), ciertos derechos colectivos y una larga tradición de abandono secular por parte de las repúblicas, que se han desarrollado procesos de etnogénesis en comunidades, muchas de ellas altamente aculturizadas, pero que por

medio de un proyecto cultural agenciado por un sector dirigente que han llevado al desarrollo y fortalecimiento de la conciencia étnica.

La etnogénesis, por lo tanto, se manifiesta no sólo en Latinoamérica sino en otras partes del globo, como un fenómeno que cuestionó y cuestiona la idea tradicional de una Nación, un Estado. En pleno siglo XX, cuando más se creía en la idea de un Estado homogéneo al interior de sus dominios, los procesos etnogénicos manifiestan a viva voz el fracaso de dicha política y la existencia de proyectos políticos alternativos a los promovidos por sectores tradicionalmente subordinados y considerados extintos en muchos países, que reclaman el derecho de autodeterminación, en unos casos radical, promoviendo la formación de un Estado independiente y en otros moderado, agenciando una autonomía dentro del mismo Estado-Nación.

En conclusión, aunque el nacimiento de los movimientos étnicos en el mundo actual, es un fenómeno más o menos reciente, resulta indudable que al interior de los Estados nacionales existieron de manera larvada sentimientos de identidad étnica, que no fueron eliminados completamente porque el Estado-Nación, al promover la homogenización de la sociedad, vulneró los intereses de diversos grupos. A esto se le suma que dichos grupos siempre tuvieron una posición marginal en la sociedad mayor, que poco o nada de espacios promovió para una verdadera integración sobre una sola comunidad política y por ende una sola identidad: la nacional.

Referencias

- Barbero, J. (2001) Colombia ausencia de relato y desubicación de lo nacional, en: *Cuadernos de Nación. Bogotá: Ministerio de cultura.* Barona, G. (2000)
- De Obieta, J. *El Derecho humano a la libre determinación de los pueblos.*
- Guerra, F. (2001) *México: del antiguo régimen a la revolución.* México: FCE
- Gnecco, C. y Zambrano, M. (2000) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes el pasado como política de la historia.* Bogotá: Universidad del Cauca / ICAH.
- Hobsbawm, E. (2000) *Naciones y nacionalismo desde 1780.* Barcelona: Biblioteca de Bolsillo, Crítica
- Smith, A. (1994) *Tres conceptos de nación,* en: *Revista Occidente.* Madrid, n 161
- Tully, C. (2000) *Las revoluciones europeas 1492 – 1992.* Barcelona: biblioteca de bolsillo, crítica.
- Tivey, L. (1987) *El Estado Nación.* Barcelona: ediciones Península
- Walker, C. (1999) *De Tupac Amarú a Gamarra: Cusco y la formación del Perú republicano 1780 – 1840.* Cuzco: centro de estudios regionales andinos.
- Zagorin, Pérez. (1986) *Revueltas y revoluciones en la edad moderna. II. Guerras revolucionarias.* Madrid: cátedra.